

«Los gatos solo son unos incomprensidos porque no se dignan dar explicaciones».  
Paul MORAND



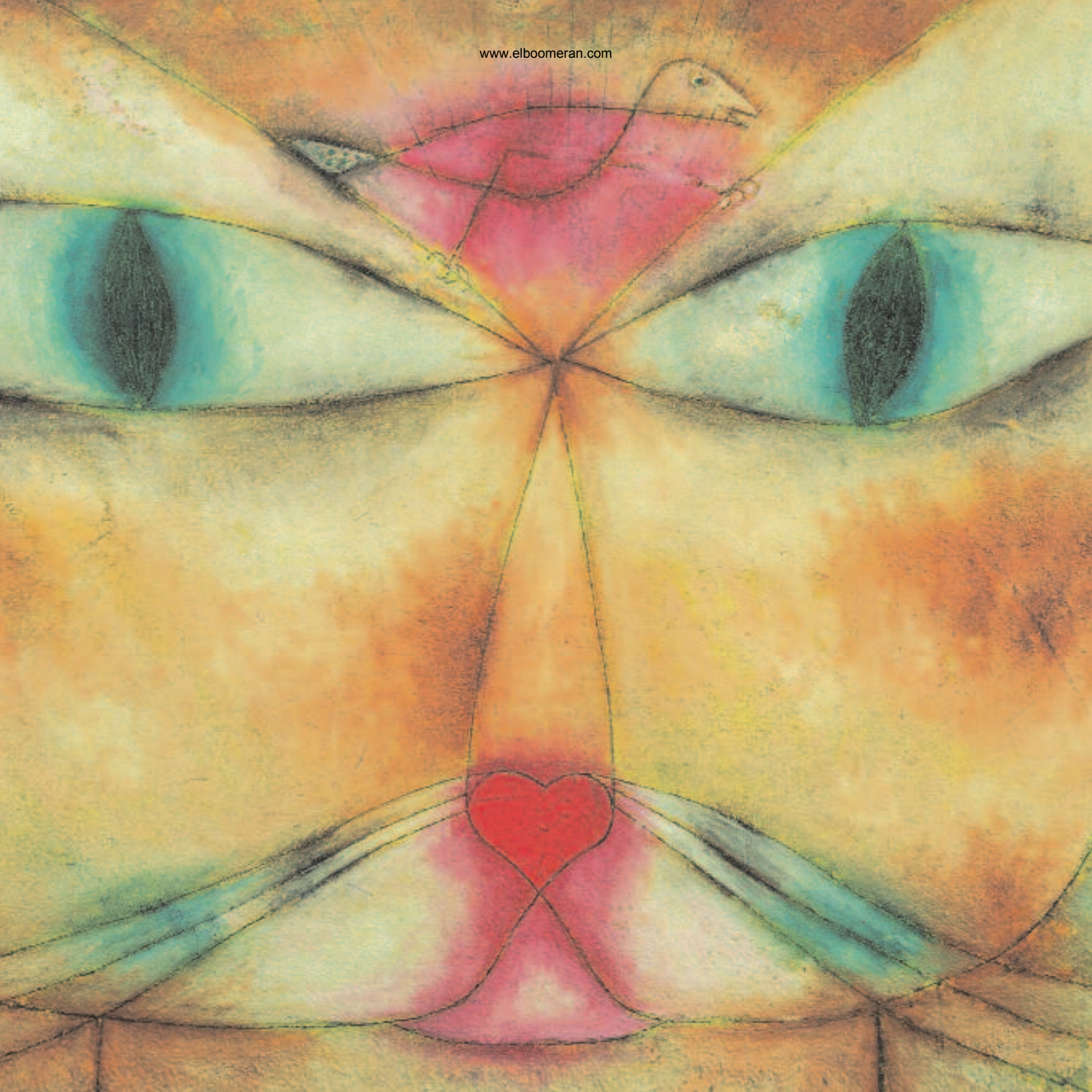
Le Maître Chat  
ou le Chat botté

Conte

Un seigneur ne laissant en  
mourant pour tous biens, a  
trois enfans qu'il avoit que  
son moulin, son asne, et  
son chat les partages furent  
bientost faits, ny le notaire  
ny le procureur qui auroient



INTRODUCCIÓN	9
LA ANTIGÜEDAD	23
De la diosa egipcia Bastet a los mosaicos de Pompeya, gloria y hazañas del gato en la Antigüedad	
LA EDAD MEDIA	45
Las dos caras de la Edad Media: de las representaciones diabólicas al <i>scriptorium</i> benedictino	
UN RENACIMIENTO FELINO	73
El redescubrimiento del gato: de los estudios de los humanistas a las Sagradas Familias	
EL GATO BARROCO	131
En los hogares de Europa: la pintura de interiores, la cotidianidad, la transversalidad social del gato	
DE LA ILUSTRACIÓN AL ROMANTICISMO	191
Razón y sensualidad en la emergente Europa burguesa	
GATOS ROMÁNTICOS E IMPRESIONISTAS	237
De la búsqueda del confort a los mimos de los impresionistas	
EL GATO CONTEMPORÁNEO	277
De las vanguardias del siglo XX a las representaciones contemporáneas	
EL GATO ENDEMONIADO	323
Un diablo que se acaricia: prejuicios e imágenes diabólicas desde la Edad Media hasta nuestros días	
BIBLIOGRAFÍA	356
REFERENCIAS FOTOGRÁFICAS	357
AGRADECIMIENTOS	359



## INTRODUCCIÓN

Hace cinco mil años que vive entre nosotros, perfectamente a sus anchas en todos los continentes y latitudes, igual de cómodo en la casa del campesino que en el más refinado y exclusivo salón aristocrático. El gato que sestea sobre la butaca es una presencia amable, tranquilizadora, casi un símbolo de la paz hogareña. Sin embargo, con una dualidad extraordinaria, en los gestos del gato se trasluce la existencia paralela de una bestia demoniaca y terrorífica. El gato es un animal doméstico, es cierto, pero no está verdaderamente domesticado. Su independencia y voluntad son indomables, y, en un abrir y cerrar de ojos, es capaz de sustituir la más feliz y plácida tranquilidad por la agresividad extrema de un depredador. El plácido ronroneo del minino se transforma en la zarpa malandrina de una bestia en miniatura, bien guarnecida de dientes y garras. Ya una antigua leyenda persa sitúa el origen del gato en el estornudo de un león...

Con su personalidad evasiva y fascinante, el gato ha conquistado un lugar capital en la cultura y el arte, en el universo literario y los cuentos de hadas. Por su naturaleza, rara vez el gato se erige protagonista; a menudo, para darse cuenta de su presencia, se requiere observar con calma, aguzar la mirada. Sin embargo, la presencia del gato, en particular en la pintura, nunca resulta gratuita. En este sentido, se le atribuyen un gran número de significados simbólicos que permiten una lectura transversal a lo largo de siglos de obras maestras, casi una historia del arte con bigotes y cola, llena de sorpresas.

—¡Mamá, el gato me está mirando!

—Pues míralo tú a él.

—Pero es que él me mira más.

Entre la gran cantidad de canciones de cuna, dichos, refranes, supersticiones y comparaciones que afectan a los gatos, esta es una de las más esclarecedoras. Cada país y cada idioma europeos poseen un rico acervo de historias gatunas, y la sabiduría popular subraya en su amplia variedad las mil caras de un animal inexplicable, fascinante y misterioso.

En la página 6: ilustración para *El gato con botas* de Charles Perrault, manuscrito autógrafa, decorado con siete ilustraciones al agua, 1695. The Pierpont Morgan Library, Nueva York.

En la página contigua: Paul Klee, *Katze und Vogel* ('Gato y pájaro'), detalle, 1928 (véase página 298). MoMA, Nueva York. Óleo y tinta sobre tela enyesada, montada en madera, 38,1 x 53,2 cm. Sidney and Harriet Janis Collection Fund and gift of Suzy Prudden and Joan H. Meijer in memory of F. H. Hirschland. © 2006. Digital image, The Museum of Modern Art, New York/Scala, Firenze.

Nadie duda de la fidelidad del perro, que le ha valido el apelativo de mejor amigo del hombre. El perro ha sabido adaptarse a las expectativas y exigencias de su amo con una notable variedad de formas y dimensiones, del chihuahua al san bernardo. Por su parte, es imposible aplicar un único adjetivo al gato, siempre dispuesto a darnos una sorpresa. ¿Burlón? ¿Perezoso? ¿Rencoroso? ¿Tierno? ¿Curioso? ¿Inteligente? ¿Ladrón? ¿Independiente? Todas estas definiciones son plausibles y tienen parte de verdad, pero resultan insuficientes. El perro ha desarrollado una conmovedora capacidad de expresar estados de ánimo asimilables a las emociones y sentimientos humanos. «Solo le falta hablar», se dice de un perro particularmente expresivo. Sin embargo, es difícilísimo penetrar en la silenciosa y huidiza psicología del gato, inasible por antonomasia.

A lo largo de milenios de convivencia con los humanos, el gato no ha aprendido a hacer nada de particular utilidad, manteniéndose señorialmente por encima de la categoría de servidor de los humanos y ajeno a toda especialización. Al contrario de lo que sucede con los perros, no existen gatos guardianes, gatos de presa o gatos pastores, por ejemplo. La lingüística comparativa ofrece una sorprendente confirmación de la coherencia del gato consigo mismo: en las formas adoptadas por las diversas lenguas europeas, el perro se adapta y se plasma en la sociedad en la que está inserto, y se convierte en *cane, dog, Hund, chien*; por el contrario, en los idiomas de stirpe latina, germánica, anglosajona e incluso eslava, el sustantivo que da nombre al gato parte siempre de la misma raíz, como si subrayara la soberana indiferencia del animal a las tentativas de absorberlo dentro de un contexto lingüístico local. El gato (*cat* en inglés, *chat* en francés, *Katz* en alemán, *koschka* en ruso) permanece con escasas variaciones sorprendentemente fiel a sí mismo, refractario a plegarse a nuevas formas léxicas. Según una etimología fiable, el origen del nombre correspondería al mismo lugar de procedencia del gato doméstico, el norte de África. El término bereber *kadisha* se encuentra, según los estudiosos, en el origen de las formas nubia (*kadis*), siria (*quato*) y árabe (*quttah*). La excepción que confirma la regla, por su simpático recurso a la onomatopeya, es el

*miu* del egipcio antiguo. Y cuando el gato atraviesa el Mediterráneo y desembarca en Grecia, se le conoce como *katoikidios*, literalmente «gato del hogar, gato doméstico». Incluso en latín, tras ser inicialmente reabsorbido por la más genérica raza felina (*felis*), en la lengua coloquial y la literatura, a partir de la época imperial, se usa de manera habitual el término *cattus*.

De vuelta a la frase antes citada, bajo su apariencia banal late una conclusión reveladora: el gato «nos *mira más*», nos pone nerviosos, parece conocer secretos arcanos y verdades misteriosas. Suele decirse, y algo de verdad hay en ello, que el gato «es el único animal que ha domesticado al hombre»; sin llegar tan lejos, los etólogos sostienen que fue el gato el que eligió convivir con los humanos, y no al contrario, adaptándose con desenvoltura a los cinco continentes, llegando a algunos en barco siguiendo las rutas de los exploradores y más tarde las del comercio. En efecto, la convivencia entre felinos y humanos, iniciada hace unos cinco mil años en el Próximo Oriente, tiene sus altos y bajos, que dejan una huella viva en la historia del arte y la cultura. La atracción magnética de esos ojos de almendra, dotados de un prodigio de vista nocturna que les confiere una luminosidad destellante, fascinante e incluso diabólica, transmite a la mirada del gato algo de sobrenatural. Es difícil sustraerse al hechizo de un animal de movimiento tan elegante y sinuoso, incluso provocativo, de ademán inasible: no se dice por casualidad que el gato tiene siete vidas. Las terribles supersticiones ligadas con el gato negro (ampliamente extendidas, no solo en Europa) y su asociación con las brujas e incluso con el diablo son prejuicios populares que reflejan la controvertida relación entre personas y gatos, a menudo víctimas inocentes de atroces persecuciones: el gato, de hecho, es un animal completamente inofensivo. Por otra parte, la majestad del gato nos fascina desde hace milenios, así como sus movimientos impredecibles, su sentido de la higiene, su pelaje de colores variados, la innegable simpatía que lo redime y rehabilita de los pequeños desastres domésticos... Todas estas cosas hacen del gato un personaje fundamental en el contexto familiar, los cuentos de hadas, los libros infantiles ilustrados del siglo XIX, la literatura popular y, ya en el siglo XX, los cómics y los dibujos animados.





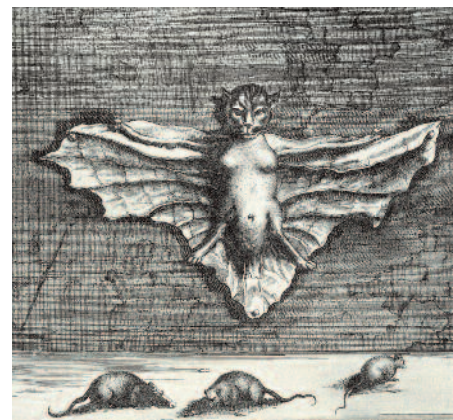
Este libro trata precisamente sobre la suerte del gato en la historia y la sociedad desde el punto de vista de las artes figurativas, y en particular de la pintura. Es un punto de vista privilegiado, ya que consiste en seguir una larga trayectoria histórica, social, religiosa y folclórica por medio del testimonio de las imágenes. No siempre el gato es el verdadero protagonista; de hecho, las más de las veces aparece en escena en un lugar discreto, del mismo modo que ocurre en la realidad. El gato parece indiferente, sigue su misterioso camino, se muestra apenas, y, sin embargo, contribuye de forma muy expresiva a caracterizar la imagen.

El comienzo le está reservado a la antigüedad egipcia, el tiempo y el lugar en que con toda probabilidad se produce la conversión del felino salvaje en gato doméstico. Los fértiles cultivos de inundación del Nilo y el nacimiento de la civilización urbana dieron lugar a una acumulación de comida y grano que, a su vez, supuso la proliferación de ratones y aves. Es en este momento cuando, abandonando la espesura de la llanura del Nilo, el felino salvaje se introduce en la sociedad humana, poniendo al servicio de esta sus habilidades como cazador de pájaros y roedores a cambio de una serie impresionante de beneficios. En la cultura egipcia, el gato asciende al rango de celebridad, y ya en frescos datados en torno al año 2000 a. C. encontramos imágenes de gatos enroscados en el comfortable ambiente hogareño, perfectamente integrados. A los egipcios no se les escapaba la extrema fecundidad de los gatos, precedida por serenatas de amor nocturno. La preñez de la gata dura menos de dos meses y las camadas son a menudo muy numerosas. Por tanto, este animal se convierte en símbolo de prosperidad y presta su efigie a la diosa Bastet, a la que se dedican amuletos, estatuillas y talismanes, especialmente durante el Periodo Tardío y en la época tolemaica. La consideración del gato como símbolo de buena suerte se halla presente también en China y Japón. Sin embargo, junto con las figuras de cerámica de gatos de buen augurio con la pata alzada (conocidas como *Maneki neko*: el gesto se refiere al auxilio dado a los guerreros sorprendidos por una tormenta, a los que el gato invita a seguirlo al refugio de un santuario), coexisten los prejuicios sobre su relación con las brujas y la magia negra.

En la página contigua: arte egipcio, *Gato de bronce*, Periodo Tardío, siglo VIII a. C., Palazzo del Te (Museo Egizio), Mantua (Italia).

A continuación, la expansión de los gatos y su cultura nos lleva a las antiguas Grecia y Roma, donde el felino es despojado de las características divinas que le atribuían los egipcios, pero se consolida y estabiliza en su pacífico y cómodo papel de animal doméstico que de cuando en cuando exhibe sus dotes habituales de cazador (o saqueador de la despensa): por primera vez, la cerámica griega y la escultura romana muestran al gato en compañía o incluso en brazos de infantes, mientras que en el arte egipcio se hallaba siempre asociado con adultos. Si acaso, es interesante señalar cómo aparecen las primeras pruebas figurativas de la guerra entre gatos y perros, que se disputan el favor de sus amos y la posición preeminente en la casa, una relación de hostilidad destinada a convertirse en sinónimo por antonomasia de la enemistad (probablemente la ficción, en este sentido, supere a la realidad, dados los casos innumerables de convivencia pacífica) y a repetirse de manera constante, hasta llegar a ser un tema clásico de los dibujos animados, con el gato militando casi sistemáticamente en el bando derrotado.

Si, por una parte, la Edad Media configura un tipo de imagen cotidiana sustancialmente positiva del gato, representado como consumado cazador de ratones en bellísimos códices miniados que analizaremos a continuación, por otro lado, con el advenimiento del cristianismo, el gato entra en la zona de sombra del miedo, las supersticiones y el pacto con el maligno. Se convierte en la mascota por excelencia de las brujas, y se considera que las más horribles de ellas se reencarnan bajo la forma de un gato negro. El gato es literalmente perseguido: son memorables las instrucciones del papa Gregorio IX, que en 1232 solicitó al tribunal de la Inquisición que vigilara a los gatos negros; su ejemplo fue seguido por el papa Inocencio VIII, que durante su breve pontificado encontraría tiempo en 1484 para decretar que el gato era el ayudante predilecto del demonio adorado por las brujas. La orden de los templarios fue acusada de herejía, por adorar a un gato, y una fantasiosa etimología llegaba a vincular el nombre de los cátaros (secta religiosa que padeció una brutal persecución) al *cattus*, del cual habrían sido adoradores; en las representaciones de la Última Cena, algunos pintores sitúan al gato asociado a la figura del traidor Judas. La llamada Fiesta de los



Arriba: *Un murciélago visto como un gato volante, en China ilustrada*, Athanasius Kircher (1601-1680), 1667, grabado, escuela holandesa del siglo XVII. Colección privada, The Stapleton Collection. Esta imagen, en la estela de la tradición medieval, muestra claramente la identificación del gato con una criatura tan nocturna y misteriosa como el murciélago.

En la página contigua: *Al tonto lo adulan por delante y se burlan por detrás*, 1558, grabado. Colección privada. En este grabado del siglo XVI, procedente de los Países Bajos, el gato, una vez más identificado con el maligno, adula al tonto lamiéndolo.

Men fiet word en gheleert door boer oog hen/  
Die lichtelich geloeft wort haest bedrogen  
Dus machmen hem wel bespotten begabben/  
Die hem door laet licken/ en achter crabben.



Gatos de Ieper (Bélgica) marca el culmen de la superstición y la persecución: durante siglos, los felinos fueron arrojados desde lo alto de la torre gótica del Ayuntamiento, y solo recientemente han sido sustituidos por animales de peluche. En resumen, el gato, animal autónomo, independiente, nocturno y misterioso, se convierte en el símbolo mismo de la herejía y el paganismo. En la mitología germánica, la diosa Freyja, de cuyo carro tiran significativamente dos gatos, es venerada como deidad del amor y la fertilidad, pero también es temida como divinidad de la guerra, la magia y las profecías del más allá. Una prolongada tradición iconográfica, desde la Edad Media hasta la explosión fantástica y visionaria de Goya (gatos demoniacos invaden el famoso grabado titulado *El sueño de la razón produce monstruos*, con el cual se abren los *Caprichos*), recorre siglos de superstición y prejuicios en lo que atañe a los gatos.

Estos, de todos modos, han sabido cobrarse una venganza silenciosa. A despecho de miedos ajenos, los gatos siguen ronroneando felices en las casas, convirtiéndose casi en emblema de los placeres confortables del hogar y la familia, un elemento de estabilidad y serenidad: quien vive con un gato sabe perfectamente que en cada situación tiene la habilidad de emplazarse en el mejor lugar de la casa, cálido en invierno y fresco en verano.

Una amplia y tal vez inesperada sección de este volumen está dedicada al arte del Renacimiento europeo, a mostrar cómo el gato recorre con su habitual *nonchalance* de pasos amortiguados su propia galería de obras maestras. Entre los genios del periodo, el mayor amante de los gatos es sin duda Leonardo, que afirmaba explícitamente que cada gatito es una obra maestra en sí mismo, a pesar de que Durero les concediera un papel poco más que banal. Incluso si en los siglos XVI y XVII los gatos eran víctimas de pogromos periódicos (unas veces a manos de católicos, y otras, de protestantes), su presencia en el arte es firme y constante, testigo de su presencia definitiva en las casas europeas. También es necesario admitir que con la Contrarreforma se efectúa una tímida rehabilitación del gato, a partir de ahora utilizado como elemento de dulzura y tranquilidad doméstica en la temática pictórica de la Anunciación o la Sagrada Familia.

En la página contigua: Leonardo da Vinci, *Virgen con el Niño abrazando un gato*, facsímil, hacia 1494, dibujo. Gabinete de Dibujos y Grabados, Galleria degli Uffizi, Florencia.